—¡Oh! sí: mi hija es muy desgraciada, y yo no puedo hacerla feliz.

Dicho esto, me miró con cierta perplejidad. En sus ojos se retrataba una viva compasión hacia mi persona, quizás algún sentimiento más favorable. Al principio creí engañarme; pero mi corazón, con su misterioso lenguaje, me indicó que habían cambiado de súbito los sentimientos de la Condesa respecto á mí. De mi pecho pugnaban por desbordarse los míos.

Acerquéme á ella y me dijo:

—¿Qué has hablado con Inés? ¿Qué te ha dicho?

No le pude contestar de otro modo que arrojándome de rodillas á sus pies. Pero ella repitió la pregunta intentando con sus manos alzar mi frente, que se había adherido con fuerza á sus rodillas.

—Señora—le contesté al fin,—me ha dicho la verdad; me ha dicho que á nadie puede amar más que á mí.

Yo besaba sus manos, y la sentí llorar.

Duró poco tiempo aquella situación. Sentimos gran ruido de voces; abrióse la puerta, y en el dintel apareció la Marquesa, terrorífica, abrumadora de cólera y de severidad. Con ella venían el diplomático, D. Diego, el verdadero Duque de Arión, algunos criados y soldados de la guardia. Amaranta no dijo nada, ni yo tampoco. La actitud en que nos encontraron debió sorprenderles más que la noticia de que había un ladrón en la casa, y estoy seguro de que cada individuo de la familia interpretaba de un modo distinto aquella escena.

En cuanto á esto, mis lectores verán más adelante algo que les interesará.

Como en opinión de la servidumbre yo era un ladronzuelo, vino gente de la policía, y cuando Santorcaz penetró en la habitación y ordenó á los suyos que se apoderaran de mí, huyeron con el rápido paso del terror las dos nobles damas. La algazara de aquel momento no me impidió percibir lejanos gritos y alteradas voces de mujer en las cuadras interiores. Un oficial de la guardia francesa, llamado á última hora no sé por quién, echó de Palacio de un modo algo despreciativo á alguaciles y alguacilado, tratándonos á todos como á gente de perversa ralea.

XXX

No tengáis compasión de mí al verme en esta cuerda ignominiosa, enracimado con otros veinte infelices. No somos ladrones, ni asesinos, ni falsificadores; somos patriotas, insurgentes de aquella gran epopeya, y nos llevan á Francia. Felizmente no se cumplió en nosotros aquel consejo del capitán del siglo, que decía á su hermano: *Ahorcad unos cuantos pillos, y esto hará mucho efecto.* Por lo que pasó después, se ha venido á conocer que también Alvarez el de Gerona entraba en el número de los pillos. No nos ahorcaron, pues

aún vivo para contarlo; y cuando digo que no me tengáis compasión, es porque, después de preso, la policía no me supuso otra criminalidad que la traición á la causa francesa, y me juzgó bastante castigado con el destierro.

—Bien sé yo que no eres ladrón—me dijo Santorcaz en Madrid cuando me ponían en la cuerda que estrechaba en cordial apretón las cuarenta manos de los insurgentes;—pero eres un vil soplón y entrometido, á quien es preciso poner á cien leguas de Madrid. Si te dieras á partido y quisieras ser mi amigo, yo te conseguiría un puesto en la policía, con tal que me sirvieses bien en este negocio.

No con palabras, porque no las merecía, sino con una mirada de desprecio, le contesté, y estuve después meditando sobre mi suerte, hasta que la cuerda se movió y los cuarenta pies de aquella serpiente humana se pusieron en marcha. Eramos los *pillos* que el Gobierno francés, demasiado generoso, no había querido ahorcar, y se nos mandaba á Francia. Con nosotros iba el gran poeta Cienfuegos. Isidoro Máiquez y Sánchez Barbero fueron poco después, aunque no ensartados.

Al dar los primeros pasos, miré al que iba á mi derecha, atado su codo al mío. ¡Oh, ventura sin igual! Era D. Roque, el lector de periódicos.

—¡Ah, Sr. D. Roque!—le dije.—¿También habla de esto el *Semanario patriótico?*

—Queridísimo Gabriel, Dios nos ha puesto juntos en la desgracia como en la prosperidad.

Paciencia, y que la Virgen nos deje ver algún día á nuestra inolvidable villa.

—¿Por qué le destierran á usted?

—Hijo, por una calaverada. Cometí la indiscreción de decir en un paraje público que nuestro desgraciado vecino D. Santiago Fernández era un héroe no menos grande que los de la antigüedad, y podía compararse á Codro, Leónidas, Horacio Cocles, Mucio Scévola, y al mismo Catón por la entereza de su ánimo. ¿No lo crees tú así?

—¿Murió nuestro amigo?

—Sí: cuando el general Bellard fué á tomar posesión de Los Pozos, todos entregaron las armas. D. Santiago continuaba encerrado en el jardín de Bringas. ¿Qué pensarás que hizo? Pues por la mañana, al volver de su casa, amontonó toda la leña puesta allí para calentarnos. Ya recordarás que también había una gran cantidad de madera vieja de la casa que han derribado en la esquina. Pues con aquellos materiales y la leña hizo un gran parapeto en el rincón del fondo, donde estaba el gallinero vacío, y púsose dentro de su improvisada fortaleza. Derribaron los franceses la puerta del jardín, y cuando vieron aquel monte de madera, de cuyo interior salía una hueca voz diciendo: «*Se rendirá Madrid, se rendirán Los Pozos; pero el Gran Capitán no se rinde,*» tuvieron al que tal decía por loco y diéronse á reir. Pero Fernández había puesto dentro una buena cantidad de cartuchos, y dale que le das, empieza á hacer fuego por las aberturas y resquicios de su montón de leña.

Los franceses, que se vieron heridos (y alguno de ellos murió), arremetieron contra el gallinero, destruyendo los parapetos de madera vieja. Fernández no cesaba de hacerles fuego desde adentro. Pero cátate que á lo mejor empieza á salir humo, y luego llamas que crecieron rápidamente, y la ronca voz del defensor del gallinero gritaba: «*Viva España; mueran los franceses y el granuja de Napoleón.*»

Mandó el oficial que se apartase la madera para sacar á aquel desgraciado, que sin duda excitaba su admiración; pero Fernández gritó de nuevo: «*Se rendirá Madrid, se rendirán Los Pozos; pero el Gran Capitán no se rinde.*» hasta que cesó la voz, y las llamas, extendiéndose vorazmente, destruyéronlo todo. La inmensa hoguera estuvo humeando todo el día. Cuando aquello se acabó, buscaron el cuerpo; pero estaba hecho ceniza.

Calló D. Roque, y en el mismo instante el que nos conducía por la Mala de Francia mandó que hiciéramos alto. Al detenernos vimos que por el camino y hacia Chamartín venían algunos coches y gran número de jinetes con deslumbradores uniformes. Era el Emperador que volvía de su visita al Palacio de Madrid y caminaba hacia su Cuartel. Iba en coche, y al pasar, nuestro guía y los soldados que nos custodiaban mandáronnos que le diéramos *vivas*. Fué preciso repartir algunos culatazos para que obedeciéramos, y cuando el grande hombre pasó, algunos le saludaron. Sin duda por éstas y otras ovaciones de la misma clase, escribía con fecha 17 de Diciembre: «*En las poblaciones por donde paso, me manifiestan mucha simpatía y admiración.*»

—Acabe usted de contarme la muerte de nuestro amigo,—dije á D. Roque una vez que pasó la procesión.

—Ya no queda nada—repuso,—sino que con toda su grandeza y poder, el hombre que acaba de pasar no llega ni con mucho á la inmensa altura del Gran Capitán. Algunos han dicho que nuestro amigo estaba loco; pero ese que ahí va, ¿está en su sano juicio?

Enero de 1874.

FIN DE NAPOLEÓN EN CHAMARTÍN